





FÁBULAS





Félix María de Samaniego





FÁBULAS

Felíx María de Samaniego

Félix María Serafín Sánchez de Samaniego nació el 12 de octubre de 1745 en Laguardia, provincia de Álava, España. Fue crítico, racionalista y liberal, e iniciador de la fábula moderna en lengua castellana. Su obra condicionó toda una escuela de seguidores a lo largo de al menos un siglo; asimismo, sus fábulas representaron un fenómeno editorial y han ocupado hasta hace pocos años un destacado papel en la educación pública y popular. Cabe destacar que su legado literario posee un valor intrínseco como producto de la adaptación de temas ya conocidos y como obra de creación original.

Tuvo como profesor de enseñanza especializada a Manuel Hurtado de Mendoza quien lo instruyó en distintas materias: latín, gramática española, ortografía y prosodia. Este aprendizaje humanístico resultó fundamental para el autor. Ante la desconfianza que tenía su padre por la enseñanza universitaria, fue enviado a completar sus estudios a Francia, siguiendo las costumbres de la nobleza vasca. Concluidos los estudios, viajó un tiempo por Burdeos y Toulouse. En agosto de 1763, volvió definitivamente a su tierra. Fue miembro fundador de Real Sociedad Bascongada.

Cuando murió su tío Bernardo de Zabala y Arteaga, Samaniego heredó señoríos de Yurreamendi, Idiáquez e Irala. Se casó con Manuela de Salcedo, hija de una renombrada familia bilbaína.

En 1777, había acabado ya su colección de fábulas que envió a Madrid a Tomás de Iriarte, el cual dio un informe favorable de las mismas y le remitió más tarde el poema de "La Música" para sellar su amistad. En agradecimiento, el fabulista riojano incluyó unos versos laudatorios al poeta canario cuando publicó en la imprenta de Benito Monfort de Valencia sus *Fábulas en verso castellano para el uso del Real Seminario Bascongado,* en 1781. Esta es la única obra que se conoce de Samaniego. Cuenta con 157 fábulas distribuidas en 9 libros y está escrita en verso por fines didácticos del autor.

Murió en Laguardia el 11 de agosto de 1801.

Felíx maría de samaniego

Fábulas



Fábulas
Félix María de Samaniego

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Kelly Patricia Mauricio Camacho
Coordinadora de la Subgerencia de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez, Claudia Daniela Bustamante Bustamante, Katherine Lourdes Ortega Chuquihura, Yesabeth Kelina Muriel Guerrero y María Grecia Rivera Carmona
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría, Marlon Renán Cruz Orozco, Ambar Lizbeth Sánchez García, John Martínez Gonzáles.
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por: Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300 - Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de interacción social y desarrollo personal; y la cultura

de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

A los caballeros alumnos del real seminario patriótico vascongado

¡Oh, Jóvenes amables!,
que en sus tiernos años
al templo de Minerva
dirigen sus pasos,
sigan, sigan la senda
en que marchan, guiados,
a la luz de las ciencias,
por profesores sabios.
Aunque el camino sea
ya difícil, ya largo,
lo allana y facilita
el tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo,
con la esteva agobiado,
el Labrador sus Bueyes
guía con paso tardo;
mas al fin llega a verse,
en medio del verano,
de doradas espigas,
como Ceres, rodeado.
A mayores tareas,
a más graves cuidados
es mayor y más dulce
el premio y el descanso.

Tras penosas fatigas,
la labradora mano
¡con qué gusto recoge
los racimos de Baco!
Ea, Jóvenes, ea,
seguid, seguid marchando
al templo de Minerva,
a recibir el lauro.
Mas yo sé, caballeros,
que un Joven entre tantos
responderá a mis voces:
«No puedo, que me canso».
Descansa enhorabuena:
¿Digo yo lo contrario?
Tan lejos estoy de eso,
que en estos versos trato
de daros un asunto
que instruya deleitando.
Los Perros y los Lobos,
los Ratones y Gatos,
las Zorras y las Monas,
los Ciervos y Caballos
les han de hablar en verso;
pero con juicio tanto,
que sus máximas sean
los consejos más sanos.
Deleitados en ello,

y con este descanso,
a las serias tareas
volved más alentados.
Ea, Jóvenes, ea,
sigan, sigan marchando
al templo de Minerva
a recibir el lauro.
Pero, ¡qué!, ¿los detiene
el ocio y el regalo?
Pues escuchad a Esopo,
mis Jóvenes amados.

El asno y el cochino

Envidiando la suerte del Cochino,
un Asno maldecía su destino.
«Yo, decía, trabajo y como paja;
él come harina, berza y no trabaja:
a mí me dan de palos cada día;
a él le rascan y halagan a porfía».
Así se lamentaba de su suerte;
pero luego que advierte
que a la pocilga alguna gente avanza
en guisa de matanza,
armada de cuchillo y de caldera,
y que con maña fiera
dan al gordo cochino fin sangriento,
dijo entre sí el jumento:

Si en esto para el ocio y los regalos,
al trabajo me atengo y a los palos.

La cigarra y la hormiga

Cantando la Cigarra
pasó el verano entero,
sin hacer provisiones
allá para el invierno;
los fríos la obligaron
a guardar el silencio
y a acogerse al abrigo
de su estrecho aposento.
Se vió desproveída
del preciso sustento:
sin mosca, sin gusano,
sin trigo y sin centeno.
Habitaba la Hormiga
allí tabique en medio,
y con mil expresiones
de atención y respeto
le dijo: «Doña Hormiga,
pues que en su granero
sobran las provisiones
para su alimento,
preste alguna cosa
con que viva este invierno
esta triste Cigarra,
que, alegre en otro tiempo,

nunca conoció el daño,
nunca supo temerlo.
No dudes en prestarme,
que fielmente prometo
pagarte con ganancias,
por el nombre que tengo»
La codiciosa Hormiga
respondió con denuedo,
ocultando a la espalda
las llaves del granero:
«¡Yo prestar lo que gano
con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿qué has hecho en el buen tiempo?».
«Yo, dijo la Cigarra,
a todo pasajero
cantaba alegremente,
sin cesar ni un momento».
«¡Hola! ¿con que cantabas
cuando yo andaba al remo?

Pues ahora, que yo como,
baila, pese a tu cuerpo

El muchacho y la fortuna

A la orilla de un pozo,
sobre la fresca yerba,
un incauto Mancebo
dormía a pierna suelta.
Le gritó la Fortuna:
«Insensato, despierta;
¿no ves que ahogarte puedes,
a poco que te muevas?
Por ti y otros canallas
a veces me motejan,
los unos de inconstante,
y los otros de adversa.
Reveses de Fortuna
llamáis a las miserias;

¿por qué, si son reveses
de la conducta necia?»

La codorniz

Presa en estrecho lazo
la Codorniz sencilla,
daba quejas al aire,
ya tarde arrepentida.
«¡Ay de mí miserable
infeliz avecilla,
que antes cantaba libre,
y ya lloro cautiva!
Perdí mi nido amado,
perdí en él mis delicias,
al fin lo perdí todo,
pues que perdí la vida.
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
¡Por un grano de trigo!
¡oh cara golosina!».
El apetito ciego
¡a cuántos precipita,
que por lograr una nada,
un todo sacrifican!

El águila y el escarabajo

«Que me matan; favor»: así clamaba
una liebre infeliz, que se miraba
en las garras de un Águila sangrienta.
A las voces, según Esopo cuenta,
acudió un compasivo Escarabajo;
y viendo a la cuitada en tal trabajo,
por libertarla de tan cruda muerte,
lleno de horror, exclama de esta suerte:
«¡Oh, reina de las aves escogida!
¿Por qué quitas la vida
a este pobre animal, manso y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
de devorar a dañadoras fieras,
o ya que resistencia hallar no quieras,
cebar tus uñas y tu corvo pico
en el frío cadáver de un borrico?».
Cuando el Escarabajo así decía,
el Águila con desprecio se reía,
y sin usar de más atenta frase,
mata, trincha, devora, pilla y se va.
El pequeño animal así burlado
quiere verse vengado.
En la ocasión primera
vuela al nido del Águila altanera,

halla solos los huevos, y arrastrando,
uno por uno los fue despeñando;
mas como nada alcanza
a dejar satisfecha una venganza,
cuantos huevos ponía en adelante
se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo,
remontaba su vuelo,
a Júpiter excelso humilde llega,
expone su dolor, le pide, ruega
remedie tanto mal; el dios propicio,
por un incomparable beneficio,
en su regazo hizo que pusiese
el Águila sus huevos, y se fuese;
que a la vuelta, colmada de consuelos,
encontraría hermosos sus polluelos.
Supo el Escarabajo el caso todo:
astuto e ingenioso hace de modo
que una bola fabrica diestramente
de la materia en que continuamente
trabajando se halla,
cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
y que, según yo pienso,
para los dioses no es muy buen incienso.
Carga con ella, vuela, y atrevido
pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter, que se vio con tal basura,

al punto sacudió su vestidura,
haciendo, al arrojar la albondiguilla,
con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
arrepentida el Águila y llorosa
aprendió esa lección a mucho precio:

a nadie se le trate con desprecio,
como al Escarabajo,
porque al más miserable, vil y bajo,
para tomar venganza, si se irrita,
¿le faltará siquiera una bolita?

El león vencido por el hombre

Cierto artífice pintó
una lucha, en que valiente
un Hombre tan solamente
a un horrible León venció.
Otro león, que el cuadro vio,
sin preguntar por su autor,
en tono despreciador
dijo: *«Bien se deja ver*
Que es pintar como querer,
Y no fue león el pintor.»

El ratón de la corte y el del campo

Un Ratón cortesano
convidó con un modo muy urbano
a un Ratón campesino.
diole gordo tocino,
queso fresco de Holanda,
y una despensa llena de vianda
era su alojamiento,
pues no pudiera haber un aposento
tan magníficamente preparado,
aunque fuese en Ratópolis buscado
Con el mayor esmero,
para alojar a Roepan primero.
sus sentidos allí se recreaban;
las paredes y techos adornaban,
entre mil ratonescas golosinas,
salchichones, perniles y cecinas.
Saltaban de placer, ¡oh qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso.
en esta situación tan lisonjera
llega la Despensera.
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
pierden el tino, mas al fin se escapan
atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto a diente.

«¡Esto tenemos! dijo el campesino;
reniego yo del queso, del tocino
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos»

Se volvió a su campaña en el instante
y estimó mucho más de allí adelante,
sin zozobra, temor ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres.

El herrero y el perro

Un Herrero tenía
un Perro que no hacía
sino comer, dormir y estarse echado;
de la casa jamás tuvo cuidado;
se levantaba sólo a mesa puesta;
entonces con gran fiesta
al dueño se acercaba,
con perrunas caricias lo halagaba,
mostrando de cariño mil excesos
por pillar las piltrafas y los huesos.
«He llegado a notar, le dijo el amo,
que aunque nunca te llamo
a la mesa, te llegas prontamente;
en la fragua jamás te vi presente,
y yo me maravillo
de que, no despertándote el martillo,
te desveles al ruido de mis dientes.
Anda, anda, poltrón; no es bien que cuentes
que el amo, hecho un gañán y sin reposo,
te mantiene a lo conde muy ocioso».
El Perro le responde:
¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?
para no trabajar debo al destino
haber nacido perro, no pollino».

«Pues, señor conde, fuera de mi casa;
verás en las demás lo que te pasa».
En efecto salió a probar fortuna,
y las casas anduvo de una en una.
Allí le hacen servir de centinela
y que pase la noche toda en vela,
acá de lazarillo y de danzante,
allá dentro de un torno, a cada instante,
asa la carne que comer no espera.
Al cabo conoció de esta manera

que el destino, y no es cuento,
A todos nos cargó como al jumento.

La zorra y la cigüeña

Una Zorra se empeña
en dar una comida a la Cigüeña.
La convidó con tales expresiones,
que anunciaba sin duda provisiones
de lo más excelente y exquisito.
Acepta alegre, va con apetito;
pero encontró en la mesa solamente
jigote claro sobre chata fuente.
En vano a la comida picoteaba,
pues era, para el guiso que miraba,
inútil tenedor su largo pico.
La Zorra, con la lengua y el hocico,
limpió tan bien su fuente, que pudiera
servir de fregatriz si a Holanda fuera.
Mas de allí a poco tiempo, convidada
de la Cigüeña, halla preparada
una redoma de jigote llena.
Allí fue su aflicción; allí su pena:
el hocico goloso al punto asoma
al cuello de la hidrópica redoma;
mas en vano, pues era tan estrecho
cual si por la Cigüeña fuese hecho.
Envidiosa de ver que a conveniencia
chupaba la del pico a su presencia,

vuelve, tienta, discurre,
huele, se desatina, en fin, se aburre.
Marchó rabo entre piernas, tan corrida,
que ni aún tuvo siquiera la salida
de decir: *¡están verdes! como antaño.*
¡También hay para pícaros engaño!

El leopardo y las monas

No a pares, a docenas encontraba
las Monas en Tetuán, cuando cazaba,
un Leopardo. Apenas lo veían,
a los árboles todas se subían,
quedando del contrario tan seguras,
que pudieran decir: «No están maduras!».
El cazador astuto se hace el muerto
tan vivamente, que parece cierto.
Hasta las viejas Monas,
alegres con el caso y juguetonas,
empiezan a saltar: la más osada
baja, arrímase al muerto de callada;
mira, huele y aun tienta,
y grita muy contenta:
«¡Lleguen, que muerto está de todo punto;
tanto, que empieza a oler el tan difunto!».
Bajan todas con bulla y algazara;
ya le tocan la cara,
ya le saltan encima;
aquella se le arrima,
y haciendo mimos, a su mano queda;
otra se finge muerta y lo remeda.
Mas luego que las siente fatigadas
de correr, de saltar y hacer monadas,

se levanta ligero
y, más que nunca fiero,
pilla, mata y devora: de manera
que parecía la sangrienta fiera,
cubriendo con los muertos la campaña,
al Cid matando moros en España.

Es el peor enemigo el que aparenta
no poder causar daño, porque intenta,
inspirando confianza,
asegurar su golpe de venganza.

El león y la zorra

Un León, en otro tiempo poderoso,
ya viejo y achacoso,
en vano perseguía hambriento y fiero,
al mamón becerrito y al cordero
que, trepando por áspera montaña,
huían libremente de su saña.
Afligido del hambre a par de muerte,
discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
enfermo en su palacio y deseaba
ser de los animales visitado.
Acudieron algunos de contado;
mas como el grave mal que le postraba
era un hambre voraz, tan solo usaba
la receta exquisita
de engullirse al monsieur de la visita.
Se acerca la Zorra de callada,
y a la puerta asomada,
atisba muy despacio
la entrada de aquel cóncavo palacio.
El León la divisa, y al momento
le dice: «¡Ven acá, pues que me siento
en el último instante de mi vida!
Visítame como otros, mi querida».

«¿Cómo otros? ¡Ah, señor; he conocido
que entraron, sí, pero que no han salido!
¡Mire, mire la huella!
¡Bien claro lo dice ella,
y no es bueno el entrar do no se sale».

La prudente cautela mucho vale.

La cierva y el cervato

A una Cierva decía
su tierno Cervatillo: «Madre mía,
¡es posible que un perro solamente
al bosque te haga huir cobardemente,
¡siendo él mucho menor, menos pujante!
¿Por qué no has de ser tú más arrogante?».
«Todo es cierto, hijo mío;
y cuando así lo pienso, desafío
a mis solas a veinte perros juntos.
me figuró luchando, y que difuntos
dejo a los unos; que otros, falleciendo,
pisándose las tripas, van huyendo
en vano de la muerte,
y a todos venzo de gallarda suerte;
mas si embebida en este pensamiento,
a un perro ladrar siento,
escapo más ligero que un venablo,
y mi victoria se la lleva el diablo».

A quien no sea de ánimo esforzado
No armarlo de soldado,
Pues por más que, al mirarse la armadura,
Piense, en tiempo de paz, que su bravura
Herirá, matará cuanto acometa,

En oyendo en campaña la trompeta,
Hará lo que la Corza de la historia,
mas que el diablo se lleve la victoria.

El labrador y la cigüeña

Un Labrador miraba
con duelo su sembrado,
porque gansos y grullas
de su trigo solían hacer pasto.
Armó sin más tardanza
diestramente sus lazos,
y cayeron en ellos
la Cigüeña, las grullas y los gansos.
«Señor rústico, dijo
la Cigüeña temblando,
quíteme las prisiones,
pues no merezco pena de culpados:
La Diosa Ceres sabe
que, lejos de hacer daño,
limpio de sabandijas,
de culebras y víboras los campos.
Nada me satisface,
respondió el hombre airado:
te hallé con delincuentes,
con ellos morirás entre mis manos».

La inocente Cigüeña
tuvo el fin desgraciado
que pueden prometerse
los buenos que se juntan con los malos.

La serpiente y la lima

En casa de un cerrajero
entró la Serpiente un día,
y la insensata mordía
en una Lima de acero.
Le dijo la Lima: «El mal,
necia, será para ti;
¿cómo has de hacer mella en mí,
¿si hago polvos el metal?»

Quien pretende sin razón
al más fuerte derribar
no consigue sino dar
coces contra el aguijón.

La águila, la gata y la jabalina

Una Águila anidó sobre una encina.
Al pie criaba cierta Jabalina,
y era un hueco del tronco corpulento
de una Gata y sus crías aposento.
Esta gran marrullera
sube al nido del Águila altanera,
y con fingidas lágrimas la dice:
«¡Ay mísera de mí! ¡ay infelice!
Este si que es trabajo:
La vecina que habita el cuarto bajo,
como tú misma ves, el día pasa
hozando los cimientos de la casa.
La amainará, y en viendo la traidora
por tierra a nuestros hijos, los devora».
Después que dejó al Águila asustada,
a la cueva se baja de callada,
y dice a la cerdosa: «Buena amiga,
has de saber que el Águila enemiga,
cuando saques tus crías hacia el monte,
las ha de devorar; así disponte».
La Gata, aparentando que temía,
se retiró a su cuarto, y no salía
sino de noche, que con maña astuta
abastecía su pequeña gruta.

La Jabalina, con tan triste nueva,
no salió de su cueva.
El Águila, en el ramaje temerosa
Haciendo centinela, no reposa.
En fin, a ambas familias la hambre mata,
y de ellas hizo víveres la Gata.

Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado;
que un chismoso en amigo disfrazado
con copa de amistad cubre sus trazas,
y así causan el mal sus añagazas.

El león con su ejército

Mientras que con la espada en mar y tierra
los ilustres varones
engrandecen su fama por la guerra,
sojuzgando naciones,
tú, Conde, con la pluma y el arado,
ya enriqueces la patria, ya la instruyes,
Y haciendo venturosos has ganado
el bien que buscas y el laurel que huyes.
Con darte todo al bien de los humanos
no contento tu celo,
supo unir a los nobles ciudadanos
para felicidad del patrio suelo.
La hormiga codiciosa
trabaja en sociedad fructuosamente,
y la abeja oficiosa
labra siempre ayudada de su gente.
Así unes a los hombres laboriosos
para hacer sus trabajos más fructuosos.
aquél viaja observando
por las naciones cultas;
éste con experiencias va mostrando
las útiles verdades más ocultas.
Cuál cultiva los campos, cuál las ciencias;
y de diversos modos,

juntando estudios, viajes y experiencias,
resulta el bien en que trabajan todos.
¡En que trabajan todos! Ya lo dije,
por más que yo también sea contado.
El sabio presidente que nos rige
tiene aun al más inútil ocupado.
Darme, Conde, querías un destino,
al contemplarme ocioso e ignorante.
Era difícil; mas al fin tu tino
encontró un genio en mí versificante.
A Fedro y Lafontaine por modelos
me pusiste a la vista,
y hallaron tus desvelos
que pudiera ensayarme a fabulista.
Y pues viene al intento,
pasemos al ensayo: va de cuento.

El León, rey de los bosques poderoso,
quiso armar un ejército famoso.
Juntó sus animales al instante:
empezó por cargar al elefante
un castillo con útiles, y encima
rabiosos lobos, que pusiesen grima.
Al oso le encargó de los asaltos;
al mono con sus gestos y sus saltos
mandó que al enemigo entretuviese;
a la Zorra que diese

Ingeniosos ardides al intento.
Uno gritó: «La liebre y el jumento.
Este por tardo, aquélla por medrosa,
de estorbo servirán, no de otra cosa».
«¿De estorbo? dijo el Rey; yo no lo creo.
En la liebre tendremos un correo,
y en el asno mis tropas un trompeta».
Así quedó la armada bien completa.

Tu retrato es el León, Conde prudente,
y si a tu imitación, según deseo,
examinan los jefes a su gente,
a todos han de dar útil empleo.
¿Por qué no lo han de hacer? ¿Habrá cucaña
¿como no hallar ociosos en España?

La lechera

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al mercado
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado,
que va diciendo a todo el que lo advierte
¡Yo si que estoy contenta con mi suerte!

Porque no apetecía
más compañía que su pensamiento,
que alegre le ofrecía
inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz lechera,
y decía entre sí de esta manera:

«Esta leche vendida,
en limpio me dará tanto dinero,
y con esta partida
un canasto de huevos comprar quiero,
para sacar cien pollos, que al estío
merodeen cantando el *pío, pío*».

«Del importe logrado
de tanto pollo mercaré un cochino;
con bellota, salvado,
berza, castaña engordará sin tino;
tanto que puede ser que yo consiga

ver como se le arrastra la barriga».
«Lo llevaré al mercado:
sacaré de él sin duda buen dinero;
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero,
que salte y corra toda la campaña,
hasta el monte cercano a la barriga».

Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera
que a su salto violento
el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.
¡Oh, loca fantasía!
¡Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría;
no sea que saltando de contento,
al contemplar dichosa tu mudanza,
quiebre tu cantarilla la esperanza.

No seas ambiciosa
de mejor o más próspera fortuna;
que vivirás ansiosa
sin que pueda saciarte cosa alguna.
No anheles impaciente el bien futuro:
mira que ni el presente está seguro.

El asno sesudo

Cierto Burro comía
en la fresca y hermosa pradería
con tanta paz como si aquella tierra
no fuese entonces teatro de la guerra.
Su dueño, que con miedo lo guardaba,
de centinela en la ribera estaba.
Divisa al enemigo en la llanura,
baja, y al buen Borrico le conjura
Que huya precipitado.
El Asno, muy sesudo y reposado,
empieza a andar a paso perezoso.
impaciente su dueño y temeroso
con el marcial ruido
de bélicas trompetas al oído,
le exhorta con fervor a la carrera.
«¡Yo correr! dijo el Asno, bueno fuera;
que llegue en hora buena Marte fiero;
me rindo, y él me lleva prisionero.
¿Servir aquí o allí no es todo uno?
¿Me pondrán dos albardas? No, ninguno.
Pues nada pierdo, nada me acobarda;
siempre seré un esclavo con albarda».
No estuvo más en sí ni más entero
que el buen Pollino Amiclas el Barquero,

Cuando en su humilde choza le despierta
César, con sus soldados a la puerta,
para que a la Calabria los guiase.
¿Se podría encontrar quien no temblase
entre los poderosos
de insultos militares horrorosos
¿de la guerra enemiga?
No hay sino la pobreza que consiga
esta gran exención: de aquí le viene.

Nada teme perder quien nada tiene.

El zagal y las ovejas

Apacentando un joven su ganado,
gritó desde la cima de un collado:
«¡Favor! que viene un lobo, labradores».
Estos, abandonando sus labores,
acuden prontamente
y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve a llamar, y temen la desgracia;
segunda vez los burla. ¡Linda gracia!
Pero, ¿qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entonces el zagal se desgañita,
y por más que patea, llora y grita,
no se mueve la gente escarmentada
y el lobo le devora la manada.

¡Cuántas veces resulta de un engaño,
contra el engañador el mayor daño!

El águila, la corneja y la tortuga

A una Tortuga un Águila arrebata;
la ladrona se apura y desbarata
por hacerla pedazos,
ya que no con la garra, a picotazos.
viéndola una Corneja en tal faena.
La dice: «En vano tomas tanta pena:
¿No ves que es la Tortuga, cuya casa
diente, cuerno ni pico la traspasa,
y si siente que llaman a su puerta,
¿se finge la dormida, sorda o muerta?».
—Pues ¿qué he de hacer? —Remontarás tu vuelo,Y en mirándote allá cerca del cielo
la dejarás caer sobre un peñasco,
y se hará una tortilla el duro casco».
ElÁguila, porque diestra lo ejecuta,
Y la Comeja astuta,
por autora de aquella maravilla,
juntamente comieron la tortilla.

¿Qué podrá resistirse a un poderoso
¿guiado de un consejo malicioso?
De estos tal se aparta el que es prudente;
y así por escaparse de esta gente
las descendientes de la tal Tortuga
a cuevas ignoradas hacen fuga.

El lobo y la cigüeña

Sin duda alguna que se hubiera ahogado
un Lobo con un hueso atragantado,
si a la sazón no pasa una Cigüeña.
El paciente la ve, le hace seña;
llega, y ejecutiva,
con su pico, jeringa primitiva,
cual diestro cirujano,
hizo la operación y quedó sano.
su salario pedía,
Pero el ingrato Lobo respondía:
«Tu salario? Pues ¿qué más recompensa
que el no haberte causado leve ofensa,
y dejarte vivir para que cuentes
¿que pusiste tu vida entre mis dientes?».
Marchó por evitar una desdicha,
sin decir tus ni mus, la susodicha.

Haz bien, dice el proverbio castellano,
Y no sepas a quién; pero es muy llano
que no tiene razón ni por asomo:
es menester saber a quién y cómo.
El ejemplo siguiente
nos hará esta verdad más evidente.

El hombre y la culebra

A una Culebra que de frío yerta
en el suelo yacía medio muerta,
un labrador cogió; mas fue tan bueno,
que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
a su gran bienhechor traidora mata.

El pájaro herido de una flecha

Un Pájaro inocente,
herido de una flecha
guarnecida de acero
y de plumas ligeras,
decía en su lenguaje
con amargas querellas:
«¡Oh, crueles humanos!
Más crueles que fieras,
con nuestras propias alas,
que la naturaleza
nos dio, sin otras armas
para propia defensa,
forjan el instrumento
de la desdicha nuestra,
haciendo que inocentes
prestemos la materia.
Pero no, no es extraño
que así bárbaros sean
aquellos que en su ruina
trabajan, y no cesan.
Los unos y otros fraguan
armas para la guerra,
y es dar contra sus vidas
plumas para las flechas».

El pescador y el pez

Recoge un Pescador su red tendida,
y saca un pececillo. «Por tu vida,
exclamó el inocente prisionero,
dame la libertad: sólo la quiero,
mira que no te engaño,
porque ahora soy ruín; dentro de un año
sin duda lograrás el gran consuelo
de pescarme más grande que mi abuelo.
¡Qué! ¿te burlas? ¿te ríes de mi llanto?
sólo por otro tanto
a un hermanito mío
un Señor pescador lo tiró al río.»
«¿Por otro tanto al río? ¡qué manía!
replicó el pescador: ¿pues no sabía
que el refrán castellano
dice: *¡Más vale pájaro en la mano...!*
A sartén te condeno; que mi panza
no se llena jamás con la esperanza».

El gorrión y la liebre

Un maldito Gorrión así decía
a una Liebre que un Águila oprimía:
«No eres tú tan ligera,
que, si el perro te sigue en la carrera,
lo acarician y alaban como al cabo
¿acerque sus narices a tu rabo?
Pues empieza a correr, ¿qué te detiene?».
De este modo la insulta, cuando viene
el diestro Gavilán y la arrebata.
El preso chilla, el prendedor lo mata;
y la Liebre exclamó: «Bien merecido.
¿Quién te mandó insultar al afligido,
y a más, a más meterte a consejero,
no sabiendo mirar por ti primero?».

Júpiter y la tortuga

A las bodas de Júpiter estaban
todos los animales convidados:
Unos y otros llegaban
a la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba a tan grande concurrencia
ni aun la reptil y más lejana oruga,
cuando llega muy tarde y con paciencia,
a paso perezoso, la Tortuga.
Su tardanza reprende el dios airado,
y ella le respondió sencillamente:
«Si es mi casita mi retiro amado,
¿cómo podré dejarla prontamente?».
Por tal disculpa Júpiter tonante,
olvidando el indulto de las fiestas,
la ley del caracol le echó al instante,
que es andar con la casa siempre a cuestas.

Que es andar con la casa siempre a cuestas.

Gentes machuchas hay que hacen alarde
de que aman su retiro con exceso;
pero a su obligación acuden tarde:
Viven como el ratón dentro del queso.

El charlatán

«Si cualquiera de ustedes
se da por las paredes
o arroja de un tejado,
y queda, a buen librar, descostillado,
yo me reiré muy bien: importa un pito,
como tenga mi bálsamo exquisito».
Con esta relación un chacharero
gana mucha opinión y más dinero;
pues el vulgo, pendiente de sus labios,
más quiere a un Charlatán que a veinte sabios.
Por esta conveniencia
los hay el día de hoy en toda ciencia,
que ocupan, igualmente acreditados,
cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso
doctor en elocuencia, tan copioso
en charlatanería,
que ofreció enseñaría
a hablar discreto con fecundo pico,
en diez años de término, a un borrico.
Lo sabe el Rey; lo llama, y al momento
le manda dé lecciones a un jumento;
pero bien entendido
que sería, cumpliendo lo ofrecido,

ricamente premiado;
mas cuando no, que moriría ahorcado.
el doctor asegura nuevamente
sacar un orador asno elocuente.
Le dice callandito un cortesano:
«Escuche, buen hermano;
su frescura me espanta:
a cáñamo me huele su garganta».
«No tema, señor mío,
respondió el Charlatán, pues yo me río.
¿En diez años de plazo que tenemos,
el Rey, el asno o yo no moriremos?».

Nadie encuentra embarazo
en dar un largo plazo
a importantes negocios; mas no advierte
que ajusta mal su cuenta sin la muerte.

El milano y las palomas

A las tristes Palomas un Milano,
sin poderlas pillar, seguía en vano;
mas él a todas horas
servía de lacayo a estas señoras.
Un día, en fin, hambriento e ingenioso,
así les dice: «¿Aman su reposo,
su seguridad y conveniencia?
Pues créanme en mi conciencia:
En lugar de ser yo su enemigo,
desde ahora me obligo,
si la banda por rey me aclama luego,
a tenerla con sosiego,
sin que de garra o pico tema agravio;
pues tocante a la paz seré un Octavio».
Las sencillas palomas consintieron;
aclamándole por rey, «Viva, dijeron,
nuestro rey el Milano».
Sin esperar a más, este tirano
sobre un vasallo mísero se planta;
déjalo con el viva en la garganta;
y continuando así sus tiranías,
acabó con el reino en cuatro días.

Quien al poder se acoja de un malvado
Será, en vez de feliz, un desdichado.

Las dos ranas

Tenían dos Ranas
sus pastos vecinos,
una en un estanque,
otra en el camino.
Cierto día a esta
Aquella la dijo:
«¡Es creíble, amiga,
de tu mucho juicio,
que vivas contenta
entre los peligros,
donde te amenazan,
al paso preciso,
los pies y las ruedas
riesgos infinitos!
Deja tal vivienda;
muda de destino;
sigue mi dictamen
y vente conmigo».
En tono de mofa,
haciendo mil mimos,
respondió a su amiga:
«¡Excelente aviso!
¡A mí novedades!
vaya, ¡qué delirio!

Eso sí que fuera
darme el diablo ruido.
¡Yo dejar la casa
que fue domicilio
de padres, abuelos
y todos los míos,
sin que haya memoria
de haber sucedido
la menor desgracia
desde luengos siglos!».
«Allá te compongas;
mas ten entendido
que tal vez sucede
lo que no se ha visto.»
llegó una carreta
a este tiempo mismo,
y a la triste Rana
tortilla la hizo.

Por hombres de seso
muchos hay tenidos,
que a nuevas razones
cierran los oídos.
recibir consejos
es un desvarío;
la rancia costumbre
suele ser su libro.

El parto de los montes

Con varios ademanes horrorosos
los montes de parir dieron señales;
consintieron los hombres temerosos
ver nacer los abortos más fatales.
Después que con bramidos espantosos
infundieron pavor a los mortales,
estos montes, que al mundo estremecieron,
un ratoncillo fue lo que parieron.

Hay autores que en voces misteriosas
estilo fanfarrón y campanudo
nos anuncian ideas portentosas;
pero suele a menudo
ser el gran parto de su pensamiento,
después de tanto ruido sólo viento.

Las ranas pidiendo rey

Sin Rey vivía, libre, independiente,
el pueblo de las Ranas felizmente.
La amable libertad sola reinaba
en la inmensa laguna que habitaba;
mas las Ranas al fin un Rey quisieron,
a Júpiter excelso lo pidieron;
conoce el dios la súplica importuna,
y arroja un Rey de palo a la laguna:
debió de ser sin duda buen pedazo,
pues dio su majestad tan gran porrazo,
que el ruido atemoriza al reino todo;
cada cual se zambulle en agua o lodo,
y quedan en silencio tan profundo
cual si no hubiese ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,
y viendo a la real pieza,
publica que el monarca es un zoquete.
Se congrega la turba, y por juguete
lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
y piden otro Rey, que aquel no es bueno.
El padre de los dioses, irritado,
envía a un culebrón, que a diente airado
muerde, traga, castiga,
y a la mísera grey al punto obliga

a recurrir al dios humildemente.
«Padecen, les responde, eternamente;
que así castigo a aquel que no examina
si su solicitud será su ruina».

El asno y el caballo

«¡Ah! ¡quién fuese Caballo!
Un Asno melancólico decía;
entonces sí que nadie me vería
flaco, triste y fatal como me hallo.
Tal vez un caballero
me mantendría ocioso y bien comido,
dándose su merced por muy servido
con corvetas y saltos de carnero.
Me tratan ahora como vil y bajo;
de risa sirve mi contraria suerte;
quien me apalea más, más se divierte,
y menos como cuando más trabajo.
No es posible encontrar sobre la tierra
infeliz como yo». Tal se juzgaba,
cuando al Caballo ve cómo pasaba,
con su jinete y armas, a la guerra.

Entonces conoció su desatino,
se rio de corvetas y regalos,
y dijo: «que trabaje y lluevan palos,
no me saquen los dioses de Pollino».

El cordero y el lobo

Uno de los corderos mamantones,
que para los glotones
se crían, sin salir jamás al prado,
estando en la cabaña muy cerrado,
vio por una rendija de la puerta
que el caballero Lobo estaba alerta,
en silencio esperando astutamente
una calva ocasión de echarle el diente.
Mas él, que bien seguro se miraba,
así lo provocaba:
«Sepa usted, señor Lobo, que estoy preso,
porque sabe el pastor que soy travieso;
mas si él no fuese bobo,
no habría ya en el mundo ningún Lobo.
Pues yo corriendo libre por los cerros,
sin pastores ni perros,
con solo mi pujanza y valentía
contigo y con tu raza acabaría».
«Adiós, exclamó el Lobo, mi esperanza
de regalar a mi vacía panza.
Cuando este miserable me provoca
es señal de que se halla de mi boca
tan libre como el cielo de ladrones».

Así son los cobardes fanfarrones,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Más valentones cuanto más medrosos.

La cabra y los chivos

Desde antaño en el mundo
reina el vano deseo
de parecer iguales
a los grandes señores los plebeyos.
Las Cabras alcanzaron
que Júpiter excelso
les diese barba larga
para su autoridad y su respeto.
Indignados los Chivos
de que su privilegio
se extendiese a las Cabras,
lampiñas con razón en aquel tiempo,
sucedió la discordia
y los amargos celos
a la paz octaviana
con que fue gobernado el barbón pueblo.
Júpiter dijo entonces,
acudiendo al remedio:
«¿Qué importa que las Cabras
disfruten un adorno suyo propio
si es mayor ignominia
de su vano deseo,
siempre que no igualaren
en fuerza

El mérito aparente
es digno de desprecio;
la virtud solamente
es del hombre el ornato verdadero.

El caballo y el ciervo

Perseguía un Caballo vengativo
a un Ciervo que le hizo leve ofensa;
mas hallaba segura la defensa
en veloz carrera el fugitivo.
El vengador, perdida la esperanza
de alcanzarlo, y lograr así su intento,
al hombre le pidió su valimiento
para tomar del ofensor venganza.
Consiente el hombre, y el Caballo airado
sale con su jinete a la campaña;
corre con dirección, sigue con maña,
y queda al fin del ofensor vengado.
Se muestra al bienhechor agradecido;
quiere marcharse libre de su peso;
mas desde entonces mismo quedó preso,
y eternamente al hombre sometido.

El Caballo que suelto y rozagante
en el frondoso bosque y prado ameno
su libertad gozaba tan de lleno,
padece sujeción desde ese instante.
Oprimido del yugo ara la tierra;
pasa tal vez la vida más amarga;
sufre la silla, freno, espuela, carga,

y aguanta los horrores de la guerra.

En fin, perdió la libertad amable
por vengar una ofensa solamente.
tales los frutos son que ciertamente
produce la venganza detestable.

A Don Tomás de Iriarte

En mis versos, Iriarte,
ya no quiero más arte
que poner a los tuyos por modelo.
A competir anhelo
con tu numen, que el sabio mundo admira,
si me prestas tu lira,
aquella en que tocaron dulcemente
Música y Poesia juntamente.
Esto no puede ser: ordena Apolo
que, digno sólo tú, la pulses solo.
¿Y, por qué sólo tú? Pues cuando menos,
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases,
y desde allí cantases:
Risco tramonto de época altanera,
«Góngora que te siga», te dijera;
pero si vas marchando por el llano,
cantándonos en verso castellano
cosas claras, sencillas, naturales,
y todas ellas tales,
que aun aquel que no entiende poesía
dice: *Eso yo también me lo diría;*

¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso
antes que tú trepar por el Parnaso?
No imploras las sirenas ni las musas,
ni de númenes usas,
ni aun siquiera confías en Apolo.
A la naturaleza imploras solo,
y ella, sabia, te dicta sus verdades.
yo te imito: no invoco a las deidades,
y por mejor consejo,
sea mi sacro numen cierto viejo,
Esopo digo. Díctame, machucho,
una de tus patrañas; que te escucho.

El águila y el cuervo

Un Águila rapante,
con vista perspicaz, rápido vuelo,
descendiendo veloz de junto al cielo,
arrebató un cordero en un instante.
Quiere un Cuervo imitarla: de un carnero
en el vellón sus uñas hacen presa;
queda enredado entre la lana espesa,
como pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete,
para castigo de su intento necio.
bien merece la burla y el desprecio
El Cuervo que a ser Águila se mete.

El viejo me ha dictado esta patraña,
y astutamente así me desengaña.
Esa facilidad, esa destreza,
con que arrebató el Águila su pieza,
fue la que engañó al Cuervo, pues creía
que otro tanto a lo menos él haría.
Mas ¿qué logró? Servirme de escarmiento.

¡Ojalá que sirviese a más de ciento,
Poetas de mal gusto inficionados,
Y dijesen, cual yo, desengañados:
«El Águila eres tú, divino Iriarte;
Ya no pretendo más sino admirarte:
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria,
Y no sea yo el cuervo de la historia!»

Los animales con peste

En los montes, los valles y collados
de animales poblados,
se introdujo la peste de tal modo,
que en un momento lo inficiona todo.
Allí donde su corte el león tenía,
mirando cada día
las cacerías, luchas y carreras
de mansos brutos y de bestias fieras,
se veían los campos ya cubiertos
de enfermos miserables y de muertos.
«¡Mis amados hermanos!»,
exclamó el triste rey, «mis cortesanos,
ya ven que el justo cielo nos obliga
a implorar su piedad, pues nos castiga
con tan horrenda plaga!
Tal vez se aplacará con que se le haga
sacrificio de aquel más delincuente
y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado:
Yo cruel, sanguinario, he devorado
inocentes corderos,
ya vacas, ya terneros,
y he sido, a fuerza de delito tanto,
de la selva terror, del bosque espanto».
«Señor, dijo la zorra, en todo eso
no se halla más exceso
que el de vuestra bondad, pues que se digna

de teñir en la sangre ruin, indigna,
de los viles carnudos animales
los sacros dientes y las uñas reales».
Trató la corte al rey de escrupuloso.
Allí del tigre, de la onza y oso
se oyeron confesiones
de robos y de muertes a millones;
mas entre la grandeza, sin lisonja,
pasaron por escrúpulos de monja.
El asno, sin embargo, muy confuso,
prorrumpió: «Yo me acuso
que al pasar por un trigo este verano,
yo hambriento, él lozano,
sin guarda ni testigo,
caí en la tentación, comí del trigo».
«¡Del trigo! ¡Y el jumento,
gritó la zorra, «¡horrible atrevimiento!».
Los cortesanos claman: «¡Este, este
irrita al cielo, que nos da la peste!».
Pronuncia el rey de muerte la sentencia,
y ejecutóla el lobo a su presencia.

Te juzgarán virtuoso
si eres, aunque perverso, poderoso;
y aunque bueno, por malo detestable
cuando te miren pobre y miserable.
Esto hallará en la corte quien lo vea,
y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!

El milano enfermo

Un Milano, después de haber vivido
con la conciencia peor que un forajido,
enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente
ni a Galeno ni a Hipócrates leía,
a bulto conoció que se moría.
A los dioses desea ver propicios,
y ofrecerles entonces sacrificios
por medio de su madre, que, afligida,
rogaría sin duda por su vida.
Mas esta le responde: «Desdichado,
¿cómo podré alcanzar para un malvado
de los dioses clemencia,
si en vez de darles culto y reverencia,
ni aun perdonaste a víctima sagrada,
en las aras divinas inmolada?».

Así queremos irritando al cielo
Que en la tribulación nos dé consuelo.

El león envejecido

Al miserable estado
de una cercana muerte reducido
estaba ya postrado
un viejo León, del tiempo consumido,
tanto más infeliz y lastimoso,
cuanto había vivido más dichoso.
Los que cuando valiente
humildes le rendían vasallaje,
al verlo decadente,
acuden a tratarle con ultraje;
que como la experiencia nos enseña,
de árbol caído todos hacen leña.
Cebados a portea,
lo sitiaban sangrientos y feroces.
el lobo le mordía,
le tiraba el caballo fuertes coces,
luego le daba el toro una cornada,
después el jabalí su dentellada.
Sufrió constantemente
estos insultos, pero reparando
que hasta el asno insolente
iba a ultrajarle, falleció clamando:
«Esto es doble morir; no hay sufrimiento,
porque muero injuriado de un jumento».
Si en su mudable vida
al hombre la fortuna ha derribado
con mísera caída

desde donde lo había ella encumbrado
¿qué ventura en el mundo se promete
si aun de los viles llega a ser juguete?

ÍNDICE



LA SERPIENTE Y LA LIMA

Quien pretende sin razón
Al más fuerte derribar
No consigue sino dar
Coces contra el aguijón.

Colección
Lima Lee

